CAPÍTULO VI.

De cómo fué llevada la mano izquierda de la Santa á Lisboa, y del milagro que allí tuvo lugar.—Dáse noticia de otras varias reliquias de la Madre Teresa.—De los varios descubrimientos que se han hecho del incorrupto cuerpo.

AUNQUE nadie ignora que el cuerpo de Santa Teresa se encuentra en el monasterio de las Carmelitas de Alba de Tormes, es de advertir que dichas religiosas no le poseen íntegro, sino muy mutilado, á causa de las muchas reliquias que de él se han tomado. Y porque no todos saben el paradero de ellas, parécenos oportuno indicar aquí donde se veneran las más principales.

Cuando en 1583 el P. Gracián descubrió por primera vez el sepulcro de la Santa, antes de volver á depositar el incorrupto cuerpo, cortó de él, como se ha dicho, la mano izquierda que, metida en un arquilla, entregó á las monjas de S. José de Ávila, sin decirles cuál era el precioso tesoro que les dejaba. Colocaron dicha arquilla en un rincón del coro, y entrando

una vez la Priora en él, vió á la Santa Madre rodeada de gran resplandor y hermosura, la cual apuntando hacia la arquilla, dijo: *Tengan cuenta con aquel cofrecito, que en él está una mano de mi cuerpo.* El P. Gracián sin embargo, nada quiso manifestar de lo que allí se encerraba, y pasando en 1585 por Ávila, camino de Portugal, dióse maña para extraer del cofrecito con mucho disimulo la mano de nuestra Santa, que llevó al convento de Carmelitas Descalzas de Lisboa. Así que llegó al monasterio con la reliquia, comenzaron las religiosas á percibir el agradable olor que de ella salía. Hallábase allí una novicia privada del sentido del olfato, y dijo con grande fé, puesta de rodillas delante de la sagrada mano: *Ciertamente, que no me tengo quitar de aquí hasta oler lo que mis hermanas uelen, para que yo alabe con ellas al Señor.* Púsosela luego muy encendido el rostro, y comenzó á sentir la misma fragancia que las demás. Á esta misma religiosa, estando ya profesa, dióle un accidente tan recio, que se hacía pedazos, sin que bastaran á sujetarla tres ó cuatro hermanas. Eran los dolores tan terribles, que parecía le quebrantaban los huesos, y arracaban el corazón. Acongojadas las monjas, trajeron la mano de la Santa Madre, y al punto que se la aplicaron, quedó libre del accidente y sus efectos, como si nunca hubiera tenido mal alguno.

Los cinco dedos de la mano derecha encuéntranse repartidos en Bruselas, París, Roma, Ávila y Sevilla. Del pié derecho ya se dijo que fué llevado al convento de Carmelitas Descalzos de Santa María de la Escala. Las Carmelitas de Bruselas conservan una clavícula, y tiénenla como en depósito hasta que los religiosos se restablezcan en dicha ciudad. No es posible determinar el paradero de infinidad de pedacitos de carne, extraidos del santo cuerpo en diversas ocasiones, especialmente al principio, cuando no estaba bien cerrada el arca que contenía las sagradas reliquias, ni había las prohibiciones que con mucho acierto pusieron después los Prelados. En el monasterio Romano de San Pancracio, seminario de las misiones de Carmelitas, guardábase un fragmento de la quijada con algunos dientes. Las Carmelitas de Madrid veneran un pedacito de carne en forma de corazón, otro pedacito de carne y parte del escapulario las de Valladolid, y otro las de Malagón.

Las de S. José de Ávila, además de un dedo, (1) tienen otras reliquias, como son el báculo que la Santa usaba en la vejez, un rosario y una sandalia. Poseen las de Zaragoza la correa con que el Santo cuerpo estuvo ceñido antes que le desenterraran, de la cual correa escribía el Ilmo. Yepes, que destilaba continuamente unas gotitas de aceite con color de sangre, y que con ella se habían hecho muchos milagros en la ciudad. Encuéntrase en Calahorra el velo de la Santa, y en Granada la sábana donde el dichoso cuerpo estuvo envuelto mientras permaneció en Ávila. También en el extranjero se veneran otras varias reliquias de

(1) Con la reliquia del dedo que se guarda en Ávila aconteció lo que cuenta D. Antonio Palomino en su *Museo Pictórico,* y es en sustancia como sigue. El 1670 habían acudido á S. José de Ávila el pintor D. Francisco Rici y su aventajado discípulo D. Alonso, con el fin de retocar la imagen del Santo Cristo de la Columna. Con este motivo enseñáronles las religiosas varias reliquias de la Santa Fundadora, y entre ellas la del dedo que allí se venera dentro de un viril. Estando todos los circunstantes mirando atentos esta reliquia, dijo el dicho D. Francisco que él no veía dedo alguno, sino una imagen de la Santa, y encima otra de N. Señora. Lo mismo testificó su discípulo Alonso, y admirados del prodigio los que tal oían, propusieron que, para certificación del hecho, pintase cada uno en particular y sin comunicarse para nada, las imágenes que ambos veían. Hízose así, y los dos trasladaron al lienzo las mismas imágenes con idénticos rasgos.

la Santa; pues todo el mundo ha tenido empeño en adquirir algún recuerdo con que poder mostrar el amor y devoción hacia lo ínclita Reformadora del Carmelo.

Ciento treinta y cuatro años habían transcurrido desde que en 1616 se efectuó el último de los descubrimientos del cuerpo de la Santa hasta aquí mencionados. Al cabo de dicho tiempo, movidos del amor y devoción hacia la Madre Teresa, los piadosos Reyes Fernando VI y María Borbón de Portugal, determinaron dejar la córte para ir en persona á venerar en Alba las reliquias de la insigne Doctora. Con el fin de tener abierto el sepulcro á la llegada de los Reyes, adelantóse el Rmo. Fr. Nicolás de Jesús María, General de la Orden, y el Excmo. Señor Duque de Huesca. En 15 de Octubre del 1750, en presencia de personas muy calificadas se extrajo de la urna de piedra la caja de madera, donde se encerraba el sagrado depósito, y abriéndose «Hallóse el Santo cuerpo incorrupto, faltándole el pié derecho, que se venera en Roma en nuestro convento de Santa María de la Escala; la mano izquierda, que está en Lisboa; el brazo izquierdo y corazón, que separados se veneran en dos preciosos relicarios de este mismo convento de la Encarnación; un pedazo de la mandíbula superior de la parte derecha, que está en nuestro colegio de S. Pancracio en Roma, el ojo izquierdo, algunas costillas, algunos pedazos de carne y huesos que le habían sacado, y están repartidos por la Cristiandad. Todo lo demás del cuerpo se conserva con piel, carne y huesos. La cabeza está dividida del busto, porque le sacaron la mayor parte del cuello; se conserva, empero, entera con piel y carne; y aun en el ojo derecho se distinguen con claridad la niña ó pupila, y las pestañas. Lo más admirable es, que el brazo derecho está tan flexible, como si estuviera vivo: conócese que á pedazos y con fuerza le han arrancado la mano, y solo con parte de algunos tendones le ha quedado el hueso de medio muy blanco y hermoso. Asimismo en el pié izquierdo se divisan con toda distinción los dedos y sus uñas. Estaba el santo cuerpo cubierto con un lienzo sutil de holanda, y encima de él un paño de seda sutil encarnada» (1).

El haber enfermado Doña María de Borbón en el Escorial fué causa de que los Reyes suspendieran el viaje intentado, por lo que hubieron de tomarse providencias para volver á encerrar el santo cuerpo en la manera y forma que antes se encontraba, como se hizo el 29 de Octubre del referido año. La última vez que se descubrió el sagrado sepulcro, con el fin que ahora diremos, fué en 1760, ciento setenta y ocho después del glorioso tránsito de la Santa. Habiendo expuesto el Duque de Alba á Fernando VI, cómo los restos de la Madre Teresa se encontraban en caja de madera, materia bien pobre para la que tan estimadísimo tesoro merecía, determinaron los piadosos Reyes costear otra más preciosa, fabricada con todas las riquezas del arte. Cuando la preciosa urna de plata estaba para darse por terminada, vino la parca á cortar el hilo de la vida así del Rey como de la Reina.

Sucedió á Fernando VI en la corona su hermano Carlos III, el cual, respetando la voluntad del difunto Monarca, aprobó todo lo hecho en honor de la Santa, y designó el 15 de Octubre de 1760 para que los venerandos restos fuesen trasladados á la nueva urna. Llegado este día, los vecinos de Alba y otros innumerables devotos, que habían acudido á las fiestas, pidieron con mucha instancia les dejasen ver las sagradas reliquias. Con el fin de satisfacer sus piadosos deseos tuviéronlas

(1) *Año Teresiano*, t. VII. p. 28.

expuestas á la veneración pública por la parte de dentro del coro bajo. Durante las siete horas que allí permanecieron, tuvieron los PP. Carmelitas bastante que hacer con tocar al santo cuerpo cruces, medallas y otros objetos de devoción que á porfía les presentaban los fieles. Señaladas seis religiosas para ejecutar la traslación, fué conducido del coro bajo al camarín alto, y colocado sobre un colchoncito de raso liso carmesí, y su correspondiente almohada, vistiéronle de monja con hábito precioso, colgándola un collar en forma de toisón con tantos corazones de plata cuantas eran sus amantes hijas, las Carmelitas de Santa Ana de Madrid, quienes hacían tal obsequio. Todo así dispuesto, metióse dentro de la urna el Instrumento que refiere, y atestigua las traslaciones y descubrimientos del santo cuerpo efectuados hasta el 1750, y cerróse con cuatro llaves, una de las cuales quedó en poder del Rmo. P. General, otra guardó la Priora del monasterio, y las otras dos recogiólas el Excmo. Duque de Alba.

El triduo que con motivo de tan fausto acontecimiento se celebró, no pudo ser más solemne. «El concurso de gentes, dice el autor del *Año Teresiano,* fué de los más copiosos que acaso se habría visto en Castilla la Vieja. Todos tres días asistió á la función el Señor Obispo de Salamanca, nuestro Difinitorio General, el Cabildo Eclesiástico, el Corregidor con sus Capitulares en forma de Villa, y un número casi innumerable de personas, con muchos sujetos de especial distinción, que así de Salamanca como de aquellas cercanías habían venido á engrandecer esta concurrencia. Asistieron los músicos de la catedral de Salamanca, y no faltó ningún requisito de cuantos se pudieron discurrir para solemnizar esta Dedicación con la magnificencia que da de sí el país.»

CAPÍTULO VII.

Del prodigio de la formación de los panecitos de Santa Teresa en Méjico, corriendo la mitad del siglo XVII.—Sana milagrosamente una religiosa carmelita con el polvo del Sepulcro de la Santa.—Caso singular que aconteció en la guerra de la Independencia con motivo de la entrada de los franceses en Alcalá de Henares.

Conocida es la piadosa costumbre que hay entre los fieles de recibir con veneración ciertos panecillos benditos, en donde se encuentra estampada la efigie de algún insigne santo. Muy célebres son los panecillos de S. Nicolás de Tolentino, por los muchos milagros con ellos obrados. También el amor y devoción de los fieles hacia la Madre Teresa han hecho que se formen con diversos sellos y efigies panecillos de tan esclarecida Santa. Es sobremanera prodigioso lo que con ellos aconteció en Méjico, corriendo la mitad del siglo XVII; y no me atreviera á estamparlo aquí, si no lo encontrara digno de crédito por reunir las condiciones que la buena crítica exige respecto al testimonio de los hombres.